

á renovar las memorias de mi confesion primera y á desenredar la enmarañada madeja de mi desastrosa vida.

Tres dias habíamos dado ya á este ejercicio, euando, estando ocupados en él, se avisó al ermitaño que un propio le buscaba con una carta que leyó en mi presencia. Advertí en su semblante una sensible alteracion, y preguntándole el motivo, me dijo : Es, señor, una novedad que siento mucho, porque me pone en la presicion de hacer un viage, y separarme de vos por algun tiempo. Mi comunidad me llama ; uno de nuestros compañeros está en el artículo de la muerte, y desea que yo le asista en sus últimos momentos.

¡Y qué, amigo! le dije yo asustado, ¿me abandonaréis en estas circunstancias? Es imposible, me respondió, que pueda negarme á oficios que son entre nosotros de la mas estrecha obligacion. Espero que de un modo ú de otro presto estaré de vuelta, y volveremos á anudar el hilo que dejamos suspendido. Pero, ¿si entre tanto, le repliqué yo con viveza, me sorprende otra vez el parasismo? No lo querrá Dios, me volvió á decir : el Señor no empieza sus obras para dejarlas imperfectas.

Yo quedé sumergido en el mas profundo dolor. Él queria que mientras se disponia su viaje renovásemos nuestra confesion, pero yo no estaba en estado ; mi turbacion era extrema, y me sentia desfallecer. Él me hizo reflexionar de nuevo las razones que le hacian este viage indispensable,

y con este motivo me esplicó que su comunidad se componia de doce individuos que voluntariamente se habian unido con la intencion de vivir en comun, y ejercitarse en actos de religion y penitencia ; que siendo todos legos habian buscado un sacerdote para que viviese con ellos, les dijese la misa, y les administrase los sacramentos ; que á pesar de su indignidad habian echado los ojos sobre él, y le habian hecho esta proposicion, y que él la habia aceptado con mucha complacencia.

Me añadió que hacia tres años que esta comunidad se habia establecido á doce leguas del lugar en que estábamos, en una casa que pertenecia á uno de ellos, y que habia cedido para el uso de todos ; que en ella se habia erigido una capilla con licencia del obispo y de los magistrados ; que él habia vivido allí continuamente desde su principio ; pero que su madre le habia hecho tantas instancias para que la viniese á ver una vez antes de morir, que él habia creido no deber negarse á su tierna solicitud ; y que con licencia de sus compañeros habia venido con el designio de pasar pocos dias en compañía de sus padres, y con la precaucion de haber dejado á su superior noticia de su paradero, para que le avisasen si habia necesidad de su ministerio.

Ya veis, señor, concluyó, que yo soy el único sacerdote de aquella casa ; ¿cómo puedo pues dejar de ir en un momento tan esencial como la muerte de un compañero? Yo le confesé que conocia toda



la fuerza de su razon; pero que eso no sosegaba mi inquietud, ni me disipaba el temor. En esto me ocurrió que yo podia ir con él, y se lo propuse; pero me respondió que mi estado de salud no permitia emprender aquel viage; que por otra parte allí no encontraria ni las comodidades á que estaba acostumbrado, ni los remedios que exigia mi situacion actual. Yo le dije que en cuanto á mi salud me sentia en disposicion de hacer viage tan corto, y que en cuanto á mis comodidades un pecador como yo debia tenerse por dichoso si participaba de las austeridades de aquella santa comunidad. El buen ermitaño quiso replicarme todavia; pero le hablé con tanta resolucion, que no se atrevió á insistir mas. Al fin le dije: Amigo, si no me teneis por indigno de vuestra compañía y la de vuestros santos compañeros llevadme con vos, llevadme á ver los ejemplos de esos penitentes que no tienen que llorar tantos pecados como los míos. El buen sacerdote me dijo: No replico mas; no permita Dios que yo me oponga á designios que tal vez son inspiraciones.

Al otro dia antes de ponerse el sol llegamos á esta humilde casa, cabaña á los ojos de los hombres, pero espléndido palacio á los del cielo. Esta es una habitacion de santos. Mi corazon, ya prevenido por el impulso de la divina gracia, no pudo resistir á la impresion de los graves y austeros ejemplos de virtudes y religion que se me presentaban todos los dias en el recinto de este augusto retiro.

retiro. ¡Qué hombres, amigo! ¡qué silencio! ¡qué fervor! ¡qué felicidad tan pura! La vista de este orden, de esta severa armonía, tan nueva para mi como digna de veneracion me elevó el alma. Conocí que habia otras delicias en la tierra muy superiores á las que yo experimentaba cuando vivia á gusto de mis sentidos y segun las máximas del siglo. Los benditos ermitaños me recibieron con aquella dulce y sincera benevolencia que el mundo afecta, y solo es propia de la caridad cristiana.

Aquí fue donde acabé mi confesion general; aquí se dignó el Señor asistirme para mi reconciliacion por medio de su santo sacerdote; aquí recibí el pan del cielo. El tiempo y la circunstancia en que estamos, porque ya se llega la hora de ir á la capilla, no me permiten estenderme; pero si podemos vernos otra vez mas despacio, te contaré cosas admirables, en que verás los prodigios de la Providencia y la estension de sus misericordias.

Solo te diré que despues de haber hecho todo lo que debia me apliqué, por consejo de mi confesor, á repasar todos los cargos de mi conciencia y á poner orden en mis negocios; pero que hice todo esto en secreto, y de manera que no se supiera que era yo. Mi intencion era morir al mundo, y no desmentir la noticia que habia corrido de mi muerte, para llorar aquí mis errores y consagrar el resto de mis dias á los gemidos de la penitencia. Mis santos hermanos se dignaron de admitir entre ellos al que no es digno sino de admirarlos, y



después de algunos días procuró imitar aunque muy debilmente sus ejemplos.

Puedo añadirte que jamás he sido tan feliz, que nunca he pasado días tan serenos ni tan llenos de consuelo y de paz; que no puedo ahora explicarte ni todo lo que debo á Dios, ni la dulce tranquilidad de que gozo. Conténtate ahora con haber sabido la razón por que me hallas aquí, como Dios me ha conservado la vida, y dale gracias de encontrar al antiguo y pérfido apóstol de la incredulidad, al insensato predicador de iniquidades y delitos, en la casa del Señor, y vestido con el traje de la penitencia. Lo único que me affigia era considerarte todavía sumergido en el error. Así puedes considerar el consuelo que recibo cuando veo que el mismo suceso que me ha conducido al arrepentimiento y al dolor ha contribuido para conducirte á la religión y á la virtud. ¡Qué asombrosa! ¡qué admirable es esta tan incomprendible y escondida combinación de las ideas del Señor! ¿Quién podía prever que en los consejos del Omnipotente estaba señalado el mismo instante para la conversión de dos hombres tan estragados, de dos monstruos que se habían entregado tan desenfadadamente á la perversidad de las opiniones y costumbres? Mas.... pero la campana toca; á Dios, amigo, que aquí no nos hacemos esperar. Manuel se fue, y yo quedé tan sorprendido como el caminante á cuyos pies cae precipitado un rayo; necesité de mucho tiempo para salir del profundo estupor en

que me hallaba sumergido. ¡O Dios! decia yo, saliendo de esta dichosa huerta en que acababa de ver y oír cosas tan inesperadas; ¡ó Dios! ¿quién que de buena fe examine el origen de una transformación tan universal y tan completa puede desconocer la fuerza de tu brazo?

¡Pero qué! Dios de bondad, este descubrimiento tan increíble como impensado no es un aviso tuyo para advertirme que yo no he cumplido todavía con todo el designio de tu misericordia? ¿Qué, Señor! ¿debo yo buscarte menos? ¿no debo siquiera hacer lo mismo que hace el amigo, el compañero á quien he igualado, y quizás excedido en la multitud y enormidad de los vicios? Dios de misericordia... Yo prometo en presencia del cielo, único testigo de mi entrevista con Manuel, que pues le imité en los excesos le imitaré en la enmienda; que seguiré sus huellas, y que vendré á sepultar mi vida y espiar mis delitos en el mismo sepulcro.

¡Qué! mientras el compañero de mis desórdenes llora su iniquidad con la austera librea de los mártires de la abnegación; cuando le veo incorporado en la penitente sociedad de los atletas de la cruz; cuando pasa sus días en la meditación de los años eternos, y une los tiernos gemidos de su doliente voz con los sagrados cánticos que resuenan en el largo silencio de las noches; cuando Manuel sobre la dura tierra, y en un lugar consagrado á los suspiros y á las lágrimas, pide á Dios sin cesar perdón de los delitos que hemos



cometido; cuando en fin la imagen de su austeridad y penitencia me seguirá por todas partes, tendré la temeridad de verme sin rubor en una casa cómoda y vivir en el seno de la abundancia? No, no, pues le acompañé en los delitos, es justo que le acompañé en las espiaciones.

Dios mio, sosten mi resolucion; espero que te será agradable, pues que tú me la inspiras. No me has hecho venir aquí en balde, sino para enseñarme el camino que debo seguir. Sin duda que la aprobará el santo director de mi conducta, pues es tan conforme á sus principios y á la firmeza de los propósitos que me ha inspirado. Al instante que llegué á mi casa le escribi lo que me habia sucedido y el ánimo en que me hallaba; le dirigí mi carta con un espreso, y este al cabo de tres dias me trajo la respuesta que te voy á copiar; dice así:

¡Qué admiracion! ¡qué placer me ha causado vuestra carta! ¡cuánto debemos adorar y amar á este gran Dios, que en medio del tumulto que producen las pasiones y movimientos de la tierra forma en silencio sus escogidos, para sacarlos del abismo en que su flaqueza los sumerge y levantarlos hasta su luz inaccesible! ¡cómo este mundo tan miserable y tan pequeño por la calidad de los intereses que le agitan se transforma, á los ojos del sabio que observa con la luz del evangelio, en un inmenso y magnífico teatro en que se reconoce la mano poderosa de la eterna sabiduría que le dirige y gobierna; esta mano dulce y próspera, que del fondo del barro mas deleznable saca

seres en que reverbera el esplendor de su divinidad; esta mano sabia, que por caminos inesplicables y profundos los dirige al término excelso de su reino; esta mano misericordiosa, que quiere conducirlos para que en el dia triunfante de la ascension de los miembros de Jesucristo vayan con ellos, y tengan asiento en el seno de su reposo, de su alegría y perpetuidad!

¡Cuántos motivos de admiracion me produce el suceso que me referis! Vos no buscabais mas que el inocente placer de un paseo silencioso, y Dios os ha hecho conocer en el fondo de un austero retiro toda la invencible fuerza de su poder, y con un ejemplo extraordinario, que os toca tan de cerca, os ha manifestado que en medio de los males que ocasiona la corrupcion humana, se ocupa en separar de ella á los que quiere glorificar en su mansion divina, y que con una rapidez que asombra á los espíritus celestes, sabe hacer que los mas perversos de los hombres pasen á la clase mas augusta y venerable de sus escogidos.

¿Cómo ó porqué don Manuel ha podido en tan poco tiempo ser objeto del amor y las atenciones del Eterno? ¿de dónde le ha venido esta fuerza que de repente y contra sus propias esperanzas le ha hecho superior al mundo, á sus sentidos, y á toda esa multitud de vicios y cadenas que le hacian un monstruo de incredulidad y depravacion? ¿de dónde descendió esta nueva luz que le hizo ver tan prontamente las vanidades de la vida y los arcanos de la eternidad? ¡Dios infinito! ¡Dios bueno! estas son tus obras siempre grandes y admirables; solo tu brazo invisible y omnipo-



zente puede ejecutar en la tierra prodigios y vocaciones de un orden tan superior al poder humano y tan contrario á todas las verosimilitudes de nuestras ideas.

Vos habeis hallado , señor , sin esperarlo una repetición asombrosa del gran milagro de misericordias que la bondad divina ha obrado en vuestro corazón. Este Dios piadoso os ha proporcionado este encuentro maravilloso , para hacer os mas completa vuestra felicidad por haber salido de un abismo ; tambien ha querido quitaros la amargura por el temor que don Manuel hubiese muerto sin haber tenido tiempo para llorar sus escándalos y purificar sus últimos suspiros. Dadle gracias , señor ; pero considerad que la terrible imagen de una muerte imprevista y precipitada no pierde nada de su verdad ni de su fuerza por no haberse realizado en aquella circunstancia que os produjo una impresión tan profunda como saludable ; mientras el amigo que llorabais muerto estaba vivo , la desgracia que él no sufría se verificaba en muchos lugares de la tierra en personas igualmente culpadas y tan mal dispuestas á presentarse en el divino tribunal.

Tambien me ha causado mucha complacencia la noble y valerosa emulación que os inspira este ejemplo , porque anuncia un corazón dispuesto á todo y capaz de los mayores sacrificios. Sin duda que los tabernáculos del Señor son amables , y que en ellos habitan los dichosos ; pero hay reglas de moderación y de prudencia que no debemos olvidar aun cuando buscamos á Dios y la virtud. San Pablo quiere que seamos reservados y discretos hasta en el bien : todos

debemos obedecer á la ley del evangelio ; pero este nos enseña diferentes caminos para la santidad , y ninguno debe escoger los que pueden alterar las leyes de la naturaleza , cuando esta nos ata con vínculos y lazos mas estrechos , y despues de tomar estado , de superior importancia á las mas santas instituciones.

Dios que es el autor supremo de la religion ha sabido unir la con la naturaleza , de manera que siempre aliada con ella , lejos de contradecirla , no hace mas que sublimarla. Así quiere que vayan de concierto , y que el cristiano respete en cada una los designios del Autor de las dos ; entre todas las relaciones que produjo en la sociedad á ninguna dió un carácter tan tierno y tan augusto como el título de padre. Cuando bajó á la tumba la virtuosa compañera de vuestra vida dejó en vuestros brazos dos hijos , y vos les debeis cuidados , instrucciones y ejemplos.

Don Manuel no tenia estas obligaciones ; se hallaba libre , y no vivia sino para sí mismo. Así su retiro no podia producir quiebra ni falta en el orden social. Le era pues permitido entregarse todo entero al ardor de su zelo y de su penitencia ; pero Dios os ha dictado vuestras ocupaciones cuando os dió esta preciosa posteridad , que debe crecer y criarse á vuestro lado. Si este imperioso impulso no ha detenido algunas almas estraordinarias ; si á pesar de los gemidos de la naturaleza se las ha visto volar á los desiertos ; si han tenido el valor de romper las barreras que las ponía su propia sangre , estas son excepciones que solo puede autorizar la profundidad de la inspiración divina ,



y no pueden servir de regla en el curso ordinario de la vida, ni determinar el género de nuestros sacrificios y espiaciones.

Cuando viviais sin ley y sin principios, entonces hubiera sido útil á vuestros hijos que os separaseis de ellos, para esconderles la contagiosa vista de costumbres irreligiosas y desenfrenadas; pero ahora que pueden ver en vuestra conducta lo que los hará muy dichosos si lo imitan, vuestra separacion les seria muy nociva; porque los privaria del mejor preservativo que ha podido proporcionarles la piedad divina contra el contagio de este siglo. Vos no sois verdaderamente padre, sino desde que temeis al Señor, y cuando ya sois capaz de manifestar su gloria á dos inocentes criaturas por cuyas venas corre vuestra sangre.

¡Ay, señor! pues vuestra tierna esposa fue digna de vuestro respeto, y lo es ahora de vuestra pena, tened por cierto que no pudo morir sin el dolor de no ver logrado el mas ardiente de sus deseos y la mas dulce de sus esperanzas. No dudeis que murió pidiendo al Dios que iba á juzgarla que moviera vuestro corazón y os hiciera digno del título sagrado de padre. Haced pues ahora con vuestro zelo paternal que ella goce en el cielo del fruto de su oracion postrera, y recompensadla con vuestra aplicacion de las amarguras con que habeis emponzoñado su inocente vida; trabajad con ardor en la educacion y la felicidad de los hijos que llevó en su vientre, que crió con tan sollicitos afanes y que estrechó tantas veces con su materno corazón.

Quedaos, pues, señor, en medio de esos tiernos y sagrados frutos de una union que vos hubierais debido enlazar mejor, y cuyos agravios estais obligado á reparar; nada hay tan grande ni tan meritorio en la tierra como formar hombres religiosos, enseñándoles el conocimiento de Dios y el amor de la virtud; nada es tan delicioso ni tan dulce como ejercer este sublime empleo con aquellos cuya felicidad nos interesa, porque amamos en ellos nuestra propia sustancia. Imaginad que gozo debe ser para un corazón iluminado por la fe poder decirse á si mismo: Este niño tierno que amo tanto, que es á mis ojos tan amable y precioso, va á ser santo de Dios, será llamado hijo del Altísimo, y se verá dentro de poco elevado á la posesion de un imperio que ninguna revolucion podrá destruir. ¡O religion divina! ¡sola tú puedes coronar con tanta magnificencia los afectos de la naturaleza! ¡solo los que se gobiernan por tu luz pueden gustar con tanta dulzura la dicha de ser padres!

Me ha parecido, señor, haceros estas reflexiones para confirmaros en la resolucion de pensar muy seriamente en la educacion de vuestros hijos, sobre todo en la educacion religiosa; yo quisiera poder indicaros aunque ligeramente el punto de vista ó el aspecto en que me parece debierais enseñarles el espíritu y las intenciones del cristianismo, y si me lo permitis lo podré hacer otra vez mas despacio; este asunto es el mas esencial de todos, porque la religion bien conocida es el mejor preservativo para las costumbres y el antidoto mas seguro contra la incredulidad.



Hay ciertas gentes, por la mayor parte buenas, pero muy tímidas, que quisieran prohibir á los simples todo examen en materias de religion. Esto nace de que no la conocen bien ; acaso este sistema de fe sencilla y ciega pudiera ser mas seguro, si las costumbres y el carácter del siglo la respetaran, si la dejarán intacta, y no trabajaran por alterar su pureza ; pero cuando la corrupcion de los sentidos y los errores de los sofistas, multiplicando sus ataques, hacen tantas conquistas sobre la brillante juventud que se jacta de instruida, fuera culpable indolencia no servirse, para defenderla, de las armas superiores que la aseguran la victoria.

Esta juventud seducida, porque no está ilustrada mas que á medias, no tiene con que instruirse mejor y desengañarse de los sofismas que la pervierten. Y como por las ventajas de su nacimiento é instruccion da el tono á lo que la rodea, sus discursos y sus ejemplos se propagan hasta las clases inferiores, y ved aquí como se inficiona progresivamente toda la masa de la sociedad. El grande remedio de este mal es enseñar bien la religion, reproducir continuamente los sólidos fundamentos que la prueban, las evidentes é irresistibles razones que la demuestran ; y no temar esos genios pusilánimes el que la religion sea examinada por todos sus aspectos, pues ninguna cosa la puede hacer adorar tanto como un examen apurado y circunspecto. En los tímidos cesaria esta inquietud si ellos mismos la conocieran mas á fondo.

Pero en fin, señor, esto toca al gobierno, y no

podemos hacerlo nosotros ; me parece que en nuestras primeras conversaciones ya os dije algo sobre cuanto contribuye á la incredulidad la insuficiencia de nuestra educacion, y si os lo repito aquí, es para haceros conocer la indispensable necesidad en que estan los padres de familia de ejercer una especie de magisterio doméstico, y de ser en medio de sus hogares los ayos y los apóstoles de sus hijos. Un padre que conoce la fe, y vive con la esperanza de sus promesas, no puede ver sus tiernos renuevos que crecen á su vista sin derramar lágrimas de alegria y de consuelo, cuando considera el alto destino que puede preparar á estos objetos de su amor con la instruccion y vigilancia.

¡ O infancia inocente y preciosa ! ¿ quién puede verte sin amarte, y quién puede amarte sin deplorar la incomprendible ceguedad de estos padres crueles que no procuran darte mas instrucciones que la que puede pervertirte, atormentarte y perderte como se pierden ellos ?

Esto basta por hoy ; no quiero detener mas vuestro correo. Mi designio por ahora es solo responder á vuestra carta, y haceros conocer la necesidad de corresponder á vuestra vocacion, cumpliendo con las obligaciones del estado en que Dios os ha puesto, y que entendáis que vuestros hijos, familia, criados, vasallos y conciudadanos, son los objetos que ha puesto á vuestro cargo el gran Padre de la familia humana. En esta he procurado haceros conocer que esta obligacion es necesaria ; en otra os espondré algunas reflexiones



que podrán ayudaros al desempeño de tan alta confianza. Yo pido á Dios que os sostenga y os guarde muchos años.

¿Qué dices, Teodoro, de esa carta? Yo no esperaba esta resolución. Pero, ¿qué puedo hacer, sino someterme á dictámen tan luminoso y cristiano? ¿qué puedo hacer sino recibirle como oráculo dictado por la voluntad soberana? Mil veces bendigo cada día al hombre virtuoso que de todo se sirve para confirmarme en la fe, y que, prometiéndome un plan para que enseñe la religion á mis hijos, me facilita los medios de que yo mismo la aprenda.

Pero en fin, Teodoro, ¿qué cargo, qué empresa es la que se me prepara! La crianza de mis hijos, el gobierno de una familia numerosa, su conversion, pues que tanto he contribuido á pervertirla; la distribucion de mis rentas, en que los indigentes deben tener la mejor parte; el buen ejemplo que debo á todos para contrarestar mis públicas disoluciones, y restablecer mi perdida reputacion; los medios de hacer el bien que pueda con oportunidad, ilustracion y prudencia. ¡Cuántas cosas tan superiores á mis fuerzas, y para que necesito de un amigo sólido, de una guia esclarecida, que no solo me dirija, sino que me sostenga.

Teodoro mio, haz tambien leer á Mariano esta carta, y todas las demas que te escriba; invoca su amistad, excita su zelo, apresura su diligencia; no le dés cuartel, y dile que un amigo que lo

necesita lo aguarda con inquietud, que ya tiende los brazos para recibirle; que venga á conducirle al cielo, despues de haber enseñado el camino á sus hijos y á toda esta familia que va á adoptarle por su padre comun y bienhechor universal. A Dios, Teodoro.